

alma del purgatorio al paraíso. El 23 de noviembre la imagen volvió a ser colocada en posición horizontal en un hermoso féretro que llevaron en hombros diez gentiles-hombres para trasladarlo a una carroza, y toda la comitiva se trasladó a Westminster, llevando lord Claypole el caballo de Cromwell. El féretro fue depositado en la capilla de Enrique VII; mas no se ve actualmente en Westminster la efígie de Cromwell, sino la de Monk, y búscanse también en vano sus cenizas.

Muchos se complacieron en decir y en escribir, en el momento de la restauración de Carlos II, que Cromwell, previendo los ultrajes de que sus restos podrían ser juguete, había mandado fuesen arrojados al Támesis, ó que se le diese sepultura en el campo de batalla de Naseby a nueve pies de profundidad; Barkstead, regicida, lugar-teniente de la Torre, y protegido por Cromwell, había, según se decía, hecho ejecutar esta orden por su hijo. Decíase finalmente que los cadáveres de Carlos I y de Cromwell habían sido cambiados de un sepulcro a otro, de manera que Carlos II, sediento de venganza, había hecho ahorcar el cadáver de su propio padre en lugar del asesino de este. Pero estas sombrías suposiciones inglesas se desvanecen a la luz de los hechos: el no verse sino la imagen de cera del Protector en la fúnebre solemnidad, consistió en que el estado de las carnes, a pesar del embalsamamiento, precisó a trasladar el cadáver a Westminster antes de la ceremonia pública; la inhumación precedió a los funerales. El cadáver de Carlos I, hallado en nuestros días en Windsor, prueba que el asesino no había ido a dormir bajo el techo del asesinado, y que satisfecho con haberle arrebatado la corona, le dejó su ataúd.

Si fuesen menester mas testimonios, diríamos que aun se conserva la plancha de cobre dorado hallado sobre el pecho de Cromwell, cuando se abrió su tumba en Westminster. Esta plancha, encerrada en una caja de plomo, fue entregada a Norfolk, heraldo de la cámara de los Comunes, y en ella se lee esta inscripción:

Oliverius Protector reipublicæ Angliæ, Scotiæ et Hiberniæ, natus 25º aprilis anno 1599, inauguratus 16 decembris 1653º, mortuus 3 septembris, anno 1658, hic situs est.

Nos queda además otra prueba de la exhumación: la terrible historia ha guardado en el tesoro de sus cartas el recibo del albañil que rompió, por mandato superior, el sepulcro del Protector, y que recibió la cantidad de 15 chelines por su trabajo. Hé aquí este recibo con su redacción original, para que hasta las faltas del ignorante artesano atestigüen la autenticidad del documento:

May the 4th day, 1661, rec.^d then in full, of the worshipful serjeant Norfoke, fiveteen shillings, for taking ut the corpses of Cromell et Ierton, et Brasaw.

Rec. by me JOHN LEWIS.

«El cuarto día de mayo de 1661 he recibido en totalidad del respetable heraldo Norfoke, quince chelines, por sacar los cuerpos de Cromell, et Ierton et Brasaw.

«Recibido por mí, JOHN LEWIS.

Vemos por la fecha de este documento, 4 de mayo de 1661, que John Lewis había presentado una larga cuenta al gobierno: los huesos de Cromwell fueron expuestos en Tyburn el 30 de enero del mismo año.

La Francia conserva también algunos recibos de los asesinos del 2 de setiembre de 1792, declarando haber recibido cinco francos por haber trabajado en pro del pueblo. En uno de estos recibos se ve impresa

la huella de los dedos ensangrentados del firmante.

Finalmente, hé aquí literalmente traducido el documento oficial que da cuenta de la exhumación:

Enero 30 (1661).

«Los odiosos esqueletos de O. Cromwell, H. Ireton y J. Bradshaw, arrastrados sobre zarzos hasta Tyburn, fueron arrancados de su ataúd: allí colgados en los diferentes ángulos de aquel triple árbol (triple tree), hasta ponerse el sol; entonces fueron descolgados, decapitados, y sus troncos inmundos arrojados a un agujero profundo al pié de la horca. Despues de esto sus cabezas fueron expuestas en unas estacas en la cúspide de Westminster-Hall.»

Es, pues, evidente que el cadáver de Oliverio fue depositado en Westminster, pero no permaneció allí mucho tiempo. Mas, ¿qué había que temer de él? ¿Podía su esqueleto cortar las cabezas de los esqueletos coronados, apoderarse del polvo de los reyes, y usurpar su nada? Como quiera que sea, el 30 de enero, aniversario del regicidio, los restos del Protector pendieron de una horca.

Cromwell había visitado a Estuardo en su féretro, lo había tocado con su mano, y se había cerciorado de que la cabeza estaba separada del tronco: Carlos II fue, en su tiempo, apoyado también en una cámara de los Comunes, a devolver a los huesos del Protector la visita hecha a los de Carlos I: venganza estúpida, porque si por una parte no se puede arrancar la vida a lo que es inmortal, por otra, no es posible dar la muerte a la muerte.

Los dispendiosos funerales que nada añadian a la grandeza del hombre, y que no legitimaban al usurpador, arruinaron a Ricardo Cromwell, que se vió precisado a pedir a los Comunes un bill suspensivo de las leyes, para no ser preso a consecuencia de las deudas contraídas por las exequias de su padre. La Inglaterra, que no pagó el entierro del hombre que había reconocido como señor, se encargó despues de los gastos de inhumación de un simple ministro de Hacienda.

¿Cuál fue el destino de la familia de Cromwell?

Ricardo tuvo un hijo y dos hijas, pero el hijo no vivió. Enrique habitó una pequeña quinta, en la que Carlos II entró un día por casualidad, al regresar de caza. Posible es que algun heredero directo de Cromwell por la línea de Enrique, sea actualmente algun ignorado campesino irlandés, acaso católico, que se alimenta de patatas en el territorio de Ulster, que ataca durante la noche a los orangistas, y lucha con las leyes atroces del Protector. Y es posible también que este desconocido descendiente de Cromwell haya sido un Franklin ó un Washington en América.

Lady Claypole murió sin sucesión; y sabemos por un capellan de Cromwell, que lady Falconbridge murió también sin posteridad. Quedaron lady Rich, mas tarde lady John Russell, y lady Ireton, que contrajo segundas nupcias con el general Flectwood. Hallamos una mistress Cook de Newington en Middelsex, nieta del citado general, que comunicó una carta de Cromwell a William Harris, su biógrafo.

La familia de Bonaparte no se perderá como la de Cromwell, porque la mejora de la administración civil no permitirá esta desaparición. Por otra parte, ningun punto de semejanza hay bajo este aspecto, en la posición y el destino de ambos hombres.

El Protector no salió de su isla: las convulsiones políticas de 1640 empezaron y concluyeron en la Gran Bretaña, al paso que las discordias de la Francia se mezclaron con las del mundo entero, conmoviendo las naciones y derribando los tronos. Lo que distingue los movimientos políticos de 1793 de todos los conocidos, es que fueron una emancipación para los franceses y una esclavitud para sus vecinos; una revo-

lucion y una conquista. Pregúntese a los árabes de la Libia y del mar Muerto y a los nababs de las Indias el nombre de Cromwell, y se verá que lo ignoran; pregúnteseles, empero, el nombre de Napoleon, y lo repetirán como el de Alejandro.

Cromwell inmoló a Carlos I, y ocupó su puesto; Bonaparte, retrocediendo diez siglos, se apoderó de la corona de Carlo-Magno; mas, aunque ensalzó y destronó reyes, a ninguno dió muerte.

Cromwell tomó por esposa a Isabel Bouchier, y tuvo por yerno principal a un procurador; todos los hijos de Isabel Bouchier volvieron a la oscura condición de su madre, no bien desapareció su famoso padre.

Bonaparte se enlazó con una hija de los Césares, casó sus hermanas con los soberanos que había creado, y sus hermanos con las princesas cuyas dinastías había protegido. No perteneció a ninguna asamblea legislativa, ni fue en tiempo alguno como Cromwell,



CROMWELL EXAMINA EL CADÁVER DE CARLOS I.

un tribuno popular; menos culpable que él para con la libertad, porque había contraído menos compromisos con ella, se juzgó libre para escribir su nombre con la punta de su espada en la genealogía de los reyes: los siglos futuros se han encargado de exhibir sus títulos de nobleza.

RICARDO CROMWELL.

1658.—1660.

Aunque heredero del protectorado, Ricardo era un hombre vulgar que no supo qué hacer de la gloria y los crímenes de su padre. El ejército, dominado mucho tiempo por su caudillo, recobró el imperio. El tío de

Ricardo, Desborough, y su cuñado Flectwood, con el general Lambert se pusieron á la cabeza de los oficiales, y obligaron al débil Protector á disolver el Parlamento, único sosten con que contaba.

Cada día traía un nuevo trabajo, una nueva zozobra: Ricardo, que se olvidaba á sí mismo y que era de todos olvidado, que detestaba el yugo militar, sin tener la fuerza de romperlo; que no era republicano ni realista; que de nada se curaba, pues dejaba á sus guardias que le robasen su comida, y á la Inglaterra marchar por sí misma, Ricardo, decimos, abdicó el protectorado el 22 de abril de 1659.

De todos los cuidados que rodean el trono, el mayor para él fue el tener que salir de Whitehall, no porque tuviese apego á este palacio, sino porque le era preciso hacer un movimiento para salir de él. No llevó consigo sino dos grandes baules, llenos de *mensajes y felicitaciones* que le habían sido presentados durante su efímero reinado; en aquellas felicitaciones redactadas para gloria de todos los poderosos y para el uso de todos los hombres degradados, se le decía que Dios le había *dado la autoridad para la felicidad de los tres reinos*. Algunos amigos le preguntaron qué tesoros se encerraban en aquellos baules. «La felicidad del buen pueblo inglés», repuso riendo. Mucho tiempo después, retirado en el campo, se divertía en leer á sus vecinos, después de haber bebido, algunos documentos de aquellos archivos de la bajeza humana y de los caprichos de la fortuna. Esta sátira filosófica no le hacía un hijo digno de su padre, pero le consolaba. Su hermano Enrique, lord lugar-teniente de Irlanda, proyectó entregar esta isla en manos del rey; pero aunque mas firme y hábil que Ricardo, cedió al torrente que arrastraba á su familia, volvió á Londres, y cayó casi tan oscuramente como Ricardo.

El consejo de los oficiales, árbitro ya del país y presidido por el republicano Lenthall, convocó de nuevo el parlamento *rump*; y en la gerigonza de los partidos, los principios de este se llamaron la *antigua buena causa*. Pero solo concurrieron unos cuarenta diputados á la primera reunion, y aun fue preciso ir á buscar á la cárcel á dos de aquellos legisladores, encerrados por deudas. Aquella mal parada momia, arrancada al sepulcro, creyó un momento que era poderosa porque se acordaba haberlo sido bastante para hacer juzgar á un rey. Pero, aunque apenas resucitado, atacó la autoridad militar que le había devuelto la vida, el *rump* carecía de fuerza, porque estaba colocado entre los realistas, unidos á los presbiterianos, que deseaban la reinstalacion de la monarquía legítima, y los oficiales indóciles al yugo de la autoridad civil.

El general Lambert se puso en marcha contra un partido realista que se había levantado prematuramente, y lo dispersó. Cobarde regicida y cortesano desgraciado de Cromwell, Lambert, que se había lisonjeado siempre con la esperanza de heredar un poder asaz pesado para sus hombros, se atrevió á todo después de su miserable victoria, é hizo presentar al *rump* una de aquellas humildes peticiones llenas de amenazas, cuyo uso había introducido la revolucion. El *rump* se encolerizó, destituyó á Lambert y á Desborough, y abolió el generalato. Lambert, según la usanza de la *antigua buena causa*, bloqueó tan estrechamente con sus satélites á Westminster, que solo un miembro del pretendido parlamento, Pedro Wentworth, pudo entrar en él. Mientras esto ocurría murió Bradshaw, el famoso presidente de la comision que había juzgado á Carlos. Monk, que gobernaba la Escocia, y que sin espontanearse con nadie, meditaba el restablecimiento de la monarquía, entró en Inglaterra á la cabeza de doce mil veteranos, y avanzó hacia Londres.

El comité de los oficiales se dirigió á él, y el Parla-

mento, que ya no funcionaba, le solicitó vivamente. Monk se declaró republicano y enemigo de Estuardo, cuando iba á coronarle, tomó partido contra los oficiales, en favor de la causa constitucional, é instaló de nuevo el *rump*; pero al mismo tiempo hizo entrar en él los miembros presbiterianos, eliminados por la fuerza antes de la muerte de Carlos I: de este solo hecho resultaba el triunfo cierto de los realistas. El parlamento Largo, después de mandar se procediese á unas elecciones generales, decretó su disolucion, y puso fin por sí mismo á su demasiado larga existencia, en la cual se hallaba ya la laguna de los años del protectorado. El pueblo quemó en señal de regocijo en las plazas públicas montones de osamentas de diferentes animales. Algunos verdaderos republicanos, como Vaney-Ludlow, se fugaron, mientras otros fueron destituidos, no por el hecho de Monk, sino por las prescripciones á que se habían condenado unos á otros. El mando del regimiento de Harlerig fue dado por Monk á lord Falconbrige, que aunque yerno de Cromwell, sirvió á Carlos II. El coronel Hutchinson, cuya esposa nos ha dejado unas memorias llenas de interés, se retiró á su provincia. Lambert, se confesó culpable á la restauracion, obtuvo la gracia de la vida, y vivió treinta años desterrado en la isla de Guernessey, abrumado bajo el doble peso del regicidio y del desprecio.

El nuevo parlamento, dividido según la antigua forma, en dos cámaras, se reunió el 25 de abril de 1660: los Comunes, bajo la presidencia de Harbottle-Green-Stone, antiguo miembro excluido del parlamento Largo, por haber denunciado la ambicion de Cromwell; y la cámara de los Pares, bajo la presidencia de lord Manchester, que había hecho la guerra en otro tiempo á Carlos I.

Grenville, comisario de Carlos II, se había puesto de acuerdo con Monk; el enviado, procedente de los Países-Bajos, era portador de la declaracion real de Carlos; este documento nada prometía, no era una Carta. Carlos no tenía en cuenta las conquistas de la época, ni hacía las necesarias concesiones á las costumbres, á las ideas, á la posesion y á los derechos adquiridos; desde aquel momento se hacía indispensable una segunda revolucion, y el príncipe legatario del trono desheredaba á su familia. Acriminoso á Monk por no haber obtenido garantía alguna en favor de la monarquía constitucional; y, dicho sea en honra eterna del partido realista, uno de sus individuos en la cámara de los Comunes, reclamó las libertades de la nacion: llamábase sir Mateo Hale, juez tan íntegro y estimado, que Cromwell lo había empleado, no obstante su conocida adhesión á sus legítimos soberanos. Monk respondió que si se deliberaba, no respondía de la paz de Inglaterra. «¿Qué temeis? dijo; el rey no tiene oro para compraros, ni ejército para conquistaros.»

Desatendiéronse todas las representaciones, porque se tenía sed de reposo después de tan largos disturbios. Los comisarios del Parlamento fueron á Breda, á poner á los pies del monarca los votos y los presentes del pueblo de los tres reinos. Embarcóse Carlos II en un bajel de la flota inglesa en el Haya, desembarcó en Douvres el 26 de mayo de 1660, donde abrazó á Monk que le esperaba en la playa, y viendo una inmensa multitud ébria de júbilo, preguntó afablemente: «¿Dónde están mis enemigos?» Monk representaba en aquel momento el papel de protagonista: hoy, empero, ¡cuán raquítico parece al lado de Cromwell, aunque su figura de cera á lo Curcio, ocupe un armario en Westminster!

El hijo de Carlos I verificó su entrada en Londres el 29 de mayo, aniversario de su nacimiento, lo que se creyó de feliz agüero. Cumplía treinta años: era joven é insinuante, afable, y se mostraba de nuevo en una tierra donde anteriormente solo había hallado

abrigo en las ramas de una encina; era rey y había sido desgraciado: fue, pues, objeto de adoracion. ¿Quién lo hubiera creído? El pueblo de la *antigua buena causa* prorrumpió en gritos de regocijo al desembarco de los enanos en la isla de los gigantes!

Los cuerpos políticos inauguran las revoluciones, y los mismos los terminan: una asamblea deliberante, muchas veces ilegal y sin derechos reales, tiene mas poder que un ejército para restaurar á un soberano en su trono. Sin un acuerdo del parlamento de la Liga, declarando la corona de Francia intransmisible á todo príncipe no francés, nunca hubiera reinado Enrique IV. Enciérrase en la ley una fuerza invencible, de la cual deben derivar los monarcas su verdadero poder.

CARLOS II.

1660—1665.

Si fuese posible sospechar que la corrupcion de las costumbres difundida en Inglaterra por Carlos II fue un cálculo de su política, sería preciso colocar á este príncipe en el número de los monarcas mas abominables; pero es probable que no hizo otra cosa que seguir la corriente de sus inclinaciones y la ligereza de su carácter. Fórmanse los hombres con bastante frecuencia un plan de virtud, pero pocas veces un sistema de vicio; la debilidad busca un apoyo para caminar con paso seguro, mas no necesita sosten cuando le importa poco caer. Carlos, que jamás se creyó bien seguro en el poder, entre su padre decapitado y su hermano, cuyo destino era perder la corona, quiso por lo menos concluir en los placeres una vida que había empezado en los sufrimientos.

Terminadas las fiestas de la restauracion y apagadas las iluminaciones, se levantaron los cadalsos. Carlos había declinado en el Parlamento toda responsabilidad de esta naturaleza y este no escaseó las reacciones y las venganzas. Cromwell fue exhumado, y su hijo Ricardo emigró al continente; pero dicho sea en obsequio de la verdad, huía menos de su rey que de sus acreedores. El príncipe de Conti, que no le conocía, le insultó preguntándole: «¿Dónde está el cobarde y estólido Ricardo?»

¿Quién se acuerda hoy de que existió un Tomás Cromwell, conde de Essex, favorito de Enrique VIII, y que fue decapitado por un mero capricho del tirano su señor? Oliverio Cromwell mata, por decirlo así, su nombre entre los hombres que le precedieron, y lo hace vivir entre los que le han seguido y seguirán, pues una gran gloria oscurece el pasado é ilumina el porvenir.

El 9 de octubre de 1660 se reunió en Hich's-hall una comision de treinta y cuatro miembros para incohar el proceso de los regicidas; veinte y un jurados componían el gran tribunal. En la lista de los jueces se ve á muchos caudillos revolucionarios, entre otros Monk, que de abyecto servidor del regicida Cromwell, había pasado á ser caballero de la Jarretiera y duque de Albermarle. Cuando en la extraccion de la gran loteria de las revoluciones, abre cada uno su billete, ve hacerse una amarga é irónica distribucion de los bienes de la fortuna: un hombre se cubre de condecoraciones mientras otro sube al patíbulo; y no obstante, ambos son cómplices del mismo hecho, y han corrido el mismo albur. Pedro, enemigo, nada en la opulencia; Pablo, amigo, yace sepultado en la miseria. Aquel es recompensado por su traicion, al paso que este es castigado por su fidelidad.

El misero Harrison, presentado á sus jueces les dijo: «Muchos de vosotros, ahora mis jueces, fueron activos conmigo en las cosas que han ocurrido en Inglaterra.... Lo que se ha hecho ha tenido lugar por

mandato del Parlamento, entonces suprema autoridad.»

La excusa era de buena fe, pero mala en su fondo, pues no basta que un poder *legal* nos prescriba una accion injusta, para que nos consideremos obligados á cometerla. La ley moral es superior en ciertos casos á la ley política: de lo contrario, pudiera suponerse una sociedad constituida de tal manera que el crimen fuese en ella el derecho comun. En fin, el *rump* no era el *verdadero* parlamento, esto es, el parlamento *legal*.

Harrison era un hombre sencillo de entendimiento y de corazon, una especie de loco fanático de la *quinta monarquía*, franco republicano, que se había separado de Cromwell, opresor de la libertad. A propósito de Harrison aplicó un juez al pueblo inglés el hermoso apólogo del niño que habiendo enmudecido recobró la palabra al ver al asesino de su padre (1). Aunque criminal, Harrison era mas estimable que otros muchos hombres; pero hay en la vida inexplicables fatalidades: tal, dotado de un carácter noble y puro, cae en un error imperdonable, y todos le rechazan, siendo así que tal otro, vil y corrompido por naturaleza, no ha tenido ocasion de equivocarse, y todos le buscan. El uno es condenado en el tribunal de los hombres; el otro lo es en el de Dios.

Descubrióse en el proceso de los jueces de Carlos I que los dos verdugos disfrazados se llamaban Walker y Hulet, ambos militares: Hulet era capitán. Gorlland, que ocupaba el sillón presidencial en el meeting regicida, fue acusado por un testigo de haber escupido al rostro del rey. Axtell, monstruo de crueldad, que mataba, dice el proceso, á los irlandeses como si fueran sabandijas; Axtell, anabaptista y agitador, fue convicto de haber obligado á los soldados á gritar: *¡justicia! ¡ejecucion!*; de haber inducido á hacer fuego á la tribuna de lady Fairfax, y de haberles hecho quemar pólvora en el rostro del augusto prisionero. Todos aquellos hombres sostuvieron que su causa era *la de Dios*. Tomás Scott fue el que mostró mas firmeza. Ya en el Parlamento había declarado «que nunca se arrepentiría de haber juzgado al rey, y que quería que se grabasen sobre su tumba estas palabras: *Aquí yace Tomás Scott, que condenó á muerte al difunto rey*. No desmintió este lenguaje en medio de los mas atroces suplicios. La sentencia dictada contra todos estaba concebida en estos términos:

«Sereis arrastrados sobre zarzos al lugar de la ejecución, para ser allí colgados, y estando aun vivos se cortará la cuerda. Sereis mutilados (*your privy member to be cut off*), se os arrancarán las entrañas (en vida), y serán quemadas á vuestra vista. Vuestra cabeza será cortada, y vuestros miembros divididos en cuatro cuartos. Vuestra cabeza y vuestros miembros serán puestos á disposicion del rey, y Dios se apiade de vuestras almas.»

De los ochenta regicidas que permanecían en Inglaterra en el momento de la restauracion, cincuenta y uno se presentaron á la proclamacion del rey, se reconocieron culpables y disfrutaron de la amnistia; veinte y nueve fueron juzgados; diez sostuvieron que no eran criminales, y marcharon al suplicio con la firmeza de unos mártires: el predicante Hugo Peters participó de esta suerte. John Jones declaró en la hora al rey inocente de su muerte; Carlos II en opinion de Jones, no hacía otra cosa que cumplir los deberes de un buen hijo para con su padre.

Así pues, las exhumaciones y las ejecuciones abrieron un reinado que los cadalsos debían cerrar. Veinte y dos años de disolucion transcurrieron debajo de los patibulos: últimos años de placer, á la usanza de los Estuardos, y que se asemejaban á una orgia fúnebre.

(1) He citado este pasaje de Harrison en el cap. II de las *Reflexiones políticas*.

En los primeros días de la restauración preguntáronse todos cómo se podría llegar á ser bastante esclavo para expiar el crimen de independencia: en aquella emulación doméstica, el dueño de cada hogar no tenía que ocuparse de los actos de rigor, pues el clero y el Parlamento se encargaron de esta tarea. Los Comunes sancionaron una moción encaminada á restablecer la doctrina de la obediencia pasiva; el bill de las convocatorias trienales fue abolido, y una especie de largo parlamento real duró diez y siete años, á beneficio de la corrupción, de la impiedad y la esclavitud, como el largo parlamento republicano había existido veinte, merced al rigorismo, al fanatismo y á la libertad. Todo adquirió el carácter de una monarquía absoluta en una monarquía representativa: copióse la corte de Luis XIV, sin copiar su grandeza; se intrigó para ser ministro, hubo influencias femeninas en Windsor como en Versalles; los intereses públicos se trataron cual si fuesen meros asuntos privados, y no fueron ya las revoluciones, sino las cábalas cortesanas las que levantaron los patibulos.

La peste y un vasto incendio no fueron parte á turbar la voluptuosa existencia de Carlos. A instigación de la Francia, y cediendo á las sugerencias de Enriqueta, duquesa de Orleans, hizo la guerra á Holanda con el único fin de utilizar en provecho de sus placeres los subsidios del Parlamento.

Los desgraciados *caballeros*, aquellos realistas que habían sacrificado todo á la causa de los Estuardos, olvidados á la sazón yacían en la miseria, en tanto que las *cabezas redondas* gozaban de los bienes y honores que habían adquirido, armándose contra la familia legítima. Waller, conspirador cobarde en la época del parlamento Largo, poeta adulador de la usurpación venturosa, hacia las delicias de la legitimidad restaurada, en tanto que el fiel y denodado Butler fallecía de hambre. Carlos sabía de memoria y se complacía en recitar los versos de *Hudibras*. Esta sátira, llena de estro contra los personajes de la revolución, llenaba de placer una corte en que brillaban la disolución de Rochester y los chistes de Grammont: el ridículo era una especie de venganza muy adecuada á la índole de los cortesanos. Por lo demás, ¿las repúblicas son mas reconocidas que las monarquías? ¿Olvídó Carlos II á sus amigos mas que los otros reyes á los suyos? Hay ciertas enfermedades peculiares á las coronas, sean cuales fueren por otra parte las cualidades y los defectos de los hombres que las ciñen. «Entrad en el patio del palacio (de Enrique IV),» dice la ingeniosa duquesa de Roban, en su *Apología irónica*, «y oiréis decir á los oficiales: *Hace veinte y cinco y treinta años que sirvo al rey, sin poder conseguir que se me abonen mis pagas, mientras uno que le hacia la guerra ha tres días, acaba de recibir tal recompensa*. Subid las escaleras, entrad en las *mantas*, y oiréis decir á los gentiles-hombres: *¿Qué esperanzas despierta el servicio de este príncipe? He arriesgado mi vida tantas veces en su defensa, he sido herido, he caído prisionero, he perdido mi hijo, mi hermano ó mi padre, pero ya no me conoce, y me rechaza con dureza si le pido el mas pequeño galardón*. Ahora bien, caballeros, ¿no es todo esto lo que decis? Pues escuchadme á mi vez: sabed que ese príncipe está dotado de virtudes sobrenaturales, y que dice claramente: *Amigos míos, ofendedme y os amaré, servidme y os aborreceré*. ¡Oh esforzado y generoso príncipe, que no se entregó sino á los generosos, y no se deja forzar sino por la fuerza!»

Algunos recuerdos, algunas ambiciones privadas y algunas ilusiones propias de esas inteligencias menguadas que se imaginan capaces de resucitar lo pasado, fermentaban en un rincón bajo la protección de Jacobo, á la sazón duque de York y sectario del Catolicismo. Esas ambiciones, esas ilusiones y esos re-

cuerdos, tomados en mal hora por una opinión posible ó aplicable, inspiraron á la nación el temor de un reinado opuesto al culto establecido y á la libertad de los pueblos. La correspondencia diplomática nos revela el odioso papel que representó entonces Luis XIV, y la funesta influencia que ejerció en el destino de Carlos y de Jacobo, pues al mismo tiempo que impulsaba al soberano á la arbitrariedad, estimulaba á los súbditos á la independencia, con la mezquina mira de involucrarlo todo y hacer á la Inglaterra impotente en lo exterior. Los ministros de Carlos y los miembros mas notables de la oposición del Parlamento cobraban pensiones del citado monarca.

La Iglesia episcopal tomaba parte activa en todos los negocios: proscrita durante las últimas conmociones por los fanáticos, el interés y el deseo de venganza la habían hecho á su vez fanática. Inficionado por este espíritu de reacción, el Parlamento quería la unidad del culto, y perseguía igualmente á los católicos y á los presbiterianos, aunque gran número de miembros de aquel parlamento no tenía creencia alguna. En el reinado de Carlos I la política había sido el instrumento de la Religión; en el de Carlos II la Religión fue el instrumento de la política. Los principios habían cambiado de lugar, coordinándose de manera que conducían mas directamente á la libertad civil, oprimiendo la de conciencia. Los *independientes* habían desaparecido, y la corte era deista ó atea.

En 1673 el Parlamento sancionó el acta del *test*, precaución tomada para el porvenir contra el duque de York, como papista. ¡Efecto milagroso, y no obstante natural, de la marcha de los siglos! Aquella famosa ley que sirvió para precipitar del trono á los Estuardos, y que fue la salvaguardia de una nueva dinastía, se deroga en los momentos en que trazamos estas líneas. La abolición no es aun plena y entera; pero no puede tardar en serlo. Si la familia de los Estuardos no estuviese estinguida, no hallaría ya en su religión obstáculo alguno para volver á subir al trono: ¿lo hallaría en su política? Todo se encierra en aquella para los pueblos y para los reyes.

Una pretendida conspiración descubierta por el infame Tito Oates, comprometió á la reina, cuyo destierro pidió el Parlamento, enviando al mismo tiempo á la horca algunos jesuitas. Shaftesbury, adulador de Cromwell é instrumento de la restauración; hombre de un carácter y de un talento bastante parecidos á los del cardenal de Retz; Shaftesbury, padre de un hijo célebre, pasaba de una intriga á otra. Un bill, obra de su antipatía, que no de su convicción, fue presentado á la cámara de los Comunes, para excluir al duque de York de la sucesión á la corona; pero fue desechado por la cámara de los Pares. Indignáronse los Comunes; Carlos disolvió el Parlamento y convocó otro en Oxford, que, mas turbulento aun que el otro, volvió á presentar el bill desechado. Carlos volvió á disolverlo, despojó á Londres y á algunas ciudades municipales de sus Cartas, reinó arbitrariamente hasta su muerte, y sugerido por su hermano, tornóse cruel y perseguidor.

De aquí surgieron las conspiraciones opuestas y mal concebidas de Monmouth, bastardo de Carlos, y de los lordes Shaftesbury, Essex, Grey Rusel, Sidney y Hampden, nieto del famoso parlamentario. Estos tres últimos son célebres: lord Rusel es la única víctima de aquel tiempo que ha merecido la estimación completa de la posteridad. Hampden se mostró miserable en el proceso, revelando tener de menos lo que su abuelo tenía de mas. Por lo que respecta al republicano Sidney, estaba subvencionado por Luis XIV, y se manejaba de manera que vivía con todas las comodidades á expensas del despotismo, sabiendo no obstante morir noblemente por la libertad.

La inquietud creciente que inspiraba el futuro reinado; las pretensiones de María, hija del duque de

York y esposa del príncipe de Orange; la profunda y fría ambición de este yerno de Jacobo, en cuyo derredor empezaban á agruparse todos los partidos descontentos, envenenaron los últimos días de una corte frívola. Carlos sucumbió de repente el 16 de febrero de 1685 á un ataque de apoplejía, resultado harto común de una vida licenciosa, en el tránsito de la edad madura á la vejez. Los ilícitos placeres de este príncipe le dispensaron un postrer servicio, sustrayéndole á una nueva revolución, ó por mejor decir, al último acto de la revolución, pues los Estuardos no quisieron representarlo por si mismos, utilizando en su favor lo que Guillermo supo recoger. Algunos creyeron que Carlos II había sido envenenado; no obstante es mas cierto que murió católico, si es que era algo en religión.

Este hijo de Carlos I fue uno de esos hombres ligeros, indolentes, egoístas é incapaces de afectos y convicciones, que se interponen á veces entre dos periodos históricos, para dar fin á uno y principio á otro; para amortiguar los resentimientos, sin ser bastante poderosos para ahogar los principios; uno de esos príncipes cuyo reinado sirve de paso ó de transición á los grandes cambios de instituciones, de costumbres é ideas en los pueblos; uno de esos príncipes expresamente creados para llenar los vacíos que en el órden político separan muchas veces la causa del efecto.

La inteligencia humana había marchado en razón directa de los progresos de la ciencia social, y la poesía brilló con el mas vivo resplandor. Fue aquella la época de Milton, de Waller, de Dryden, de Butler, de Cowley, de Otway y de Davenant, admiradores unos, despreciadores otros del genio de Cromwell, y todos mas ó menos sometidos á Carlos. «Alimentada en las facciones, trabajada por el múltiple fanatismo de la religión, de la libertad y la poesía, aquella alma borrascosa y sublime (Milton), al perder el espectáculo del mundo, debía hallar un día en sus recuerdos el modelo de las pasiones del infierno, y hacer brotar del fondo de sus altos ensueños, no interrumpidos ya por la yerta realidad, dos creaciones igualmente fantásticas, igualmente inesperadas en aquel siglo feroz: la felicidad del cielo y la inocencia de la tierra.» Tomamos esta admirable pintura de la historia de Cromwell, por Mr. Villemain.

Tilloison, Burnet, Shaftesbury, Hobbes, Locke y Newton se habían ya mostrado ó empezaban á dejarse ver; las ciencias, segun los tiempos, son hijas ó madres de la libertad.

JACOBO II.

1685—1686.

Cuando las revoluciones deben consumarse, se ve nacer ó mantenerse al frente de los negocios los hombres que por sus virtudes ó crímenes, su fuerza ó debilidad, las conducen á su complemento; véase tambien al mismo tiempo morir ó alejarse los hombres que podrian detener la marcha de los acontecimientos. Carlos I, tercer hijo de Jacobo II, no hubiera ocupado el trono si sus hermanos mayores hubiesen vivido. Su devoto padre lo destinaba á la Iglesia; hubiérase pues sentado tranquilamente en la silla arzobispal de Cantorbery en lugar de subir al cadalso. Toda la serie de los acontecimientos hubiera cambiado por la influencia personal de los monarcas que habrían reinado en lugar de Carlos I y sus dos hijos, y los Estuardos regirían tal vez aun los destinos de la Gran-Bretaña.

Jacobo II, hombre duro y débil, tenaz y fanático, no tenía la mas ligera idea de la revolución que se había verificado en los espíritus, y por consiguiente

había quedado rezagado mas de un siglo respecto de sus contemporáneos. Por esta razón quiso intentar en favor de la Iglesia romana, lo que su padre no había podido llevar á cabo ni siquiera en pro de la episcopado: creíase árbitro de operar un cambio en la religión del Estado con tanta facilidad como Enrique VIII, sin tener en cuenta que el pueblo inglés no era ya el pueblo de los Tudors; y aun cuando Jacobo hubiese distribuido á sus súbditos todas las riquezas del clero anglicano, no hubiera hecho un solo católico. Su falta mas trascendental fue jurar, al ceñirse la corona, lo que no tenía intención de cumplir: la fe guardada no ha salvado siempre á los imperios; pero la fe mentida los ha perdido con sobrada frecuencia.

Jacobo tenía preocupado el ánimo por la insensata rebelión del duque de Monmouth, tan fácilmente reprimida. Monmouth, batido en Segmore, y descurrido despues del combate entre unas malezas, conducido á Londres y presentado á Jacobo, no pudo salvar su vida por la humilde sumisión que Jacobo desterrado ha referido benévolutamente, creyendo escusar su debilidad divulgando la ajena. La certidumbre de la muerte devolvió el valor á Monmouth, y se mostró valiente y ligero como su padre Carlos II; tenía todas las gracias de la cortesana su madre, y jugó con el hacha, que fue preciso descargar cinco veces para derribar su hermosa cabeza. Base querido hacer de Monmouth la *Máscara de hierro*: eterno asunto de novelas.

Jacobo, naturalmente cruel, halló un verdugo: Jeffries había inaugurado sus fechorías á fines del reinado de Carlos II, en el proceso en que Russel y Sidney perdieron la vida. Este hombre, que á consecuencia de la invasión de Monmouth, hizo ejecutar en el Occidente de Inglaterra á mas de doscientas cincuenta personas, no carecía de cierto espíritu de justicia: una virtud que no se echa de ver en un hombre recto, resalta sobremanera cuando está colocada en medio de los vicios.

Arrastrado por su celo religioso, el monarca solo escuchaba los consejos de su confesor el jesuita Peters, á quien había intentado hacer cardenal. Misionero en su propia corte, Jacobo había convertido á su ministro Sunderland, que no era mas fiel á su nuevo Dios que á su rey. El nuncio del papa hizo una entrada pública en Windsor, vestido de pontifical: estas cosas, que en el espíritu tolerante ó indiferente de nuestro tiempo serian asaz insignificantes, eran entonces criminales á los ojos de un pueblo á quien se había enseñado á mirar la comunión romana como enemiga de las libertades públicas.

Viendo el rey que no podia llegar directamente á su objeto, quiso alcanzarlo por medios oblicuos: declaróse protector de los cuáqueros y pidió la libertad de conciencia para todos sus súbditos. Cromwell había tambien aspirado á esta libertad, mas solo con el objeto de defenderse, no con el de atacar, como alevemente se proponia hacerlo Jacobo. Este intrigó sin resultado alguno, para conseguir una mayoría sobre este punto en el Parlamento. Habiendo fracasado su plan, publicó por propia autoridad una declaración de libertad de conciencia. Siete obispos, que se negaron á leerla en sus iglesias, fueron conducidos á la Torre; pero habiendo sido absueltos por un juicio solemne, su prisión y su libertad fueron objeto de un triunfo popular. Jacobo había formado un campamento que hacia maniobrar á algunas millas de Londres, pero no halló á los soldados mas dispuestos que los obispos, á admitir la libertad de conciencia.

Hé aquí como, merced á un acto justo y generoso en principio, acabó Jacobo de descontentar á la nación; y en verdad no es difícil hallar la doble razón de esta especie de iniquidad de los hechos: habia por un lado fanatismo protestante, y se advertia por otro que la tolerancia régia distaba mucho de ser sincera,

y que solo pedía una libertad particular con el torcido designio de destruir la libertad general.

Harto menos fácil es darse cuenta de la conducta del rey. Durante el reinado de su hermano había visto proponer un bill de incapacidad á la posesión de la corona, fundada en la profesión de cualquiera religión que no fuese la del Estado: estas hostiles disposiciones podían sin duda haber irritado al católico Jacobo; pero ¿cómo no comprendió, por este mero hecho, que para conservar la corona en semejante pueblo, debía evitar herirle en su lado sensible? Lejos de obrar así, en lugar de mostrarse prudente al llegar al poder supremo, Jacobo no fue escaso en la adopción de las medidas que debían abismarle.

Mucho tiempo hacía que la Holanda era el foco de las intrigas de los diferentes partidos ingleses, cuyos emisarios se reunían allí, bajo la protección de María hija primogénita de Jacobo y esposa del príncipe de Orange, hombre que no ha inspirado admiración alguna, y que no obstante llevó á cabo empresas admirables. Avisado muchas veces por Luis XIV, de los peligros que le rodeaban, el obcecado Jacobo nada quería creer; pero al fin le fue preciso rendirse á la evidencia: un despacho del marqués de Abbeville, embajador de la Gran-Bretaña en La-Haya, desenvolvió á sus ojos todo el plan de invasión. Abbeville había recibido sus datos del gran pensionista Fagel, pero el conde de Avaux había tenido mucho antes noticia de todo el negocio. Habíase armado en Texel una escuadra cuyo destino era operar contra Inglaterra, donde el príncipe de Orange decía haber sido llamado por la nobleza y el clero.

Luis XIV, cuya política había sido desastrosa y miserable hasta el desenlace, volvió á mostrarse grande á la catástrofe: hizo ofertas magnánimas, y hubiéralas ciertamente cumplido, á no haber cometido al mismo tiempo una falta irreparable, pues en vez de atacar los Países-Bajos, lo que hubiera detenido al príncipe de Orange, llevó la guerra á otra parte. La flota se dió á la vela, y Guillermo desembarcó con trece mil hombres en Broxholme, en Torbay.

Grande fue su asombro al no encontrar allí á nadie, y esperó diez días en vano. ¿Qué hizo Jacobo en estos diez días? Nada. Tenía á sus órdenes un ejército que se hubiera batido, y no adoptó resolución alguna. Su ministro Sunderland lo vendió; el príncipe Jorge de Dinamarca, su yerno, y Ana su hija predilecta, lo abandonaban, como también su hija María y su otro yerno, Guillermo. La soledad empezaba á extenderse en derredor del monarca, que se había aislado de la opinión nacional: en tal apuro pidió consejos al conde de Bedford, padre de lord Russel, decapitado en el reinado anterior, perseguido por Jacobo: «Yo tenía un hijo que hubiera podido socorrerme,» respondióle amargamente el anciano.

Jacobo no mostró firmeza en aquel momento crítico sino por su religión, pues esta había robado en su provecho el natural valor del príncipe. Jacobo revocó, es cierto, las medidas favorables á los católicos; incurriendo, sin embargo, en una extraña contradicción, hizo bautizar á su hijo en la comunión romana, y el papa fue declarado padrino de este tierno rey, que no debía ceñir la corona. La conciencia era la única virtud de Jacobo II, pero no la aplicaba sino á un solo objeto; esta viva luz convertíase para él en tinieblas, siempre que no tocaba el altar.

El príncipe de Orange avanzaba lentamente hacia Londres, donde la sola presencia de Jacobo combatía al usurpador; la deserción empezó poco á poco en el ejército inglés, y el *Lille Ballero*, especie de himno revolucionario, se cantó entre los desertores. Sabido esto por Jacobo, dijo: «Déseles los pasaportes en mi nombre, y vayan á buscar al príncipe de Orange; yo les evitaré la ignominia de la traición.»

No obstante, el rey tomaba la más desastrosa de las

resoluciones: la de abandonar á Londres. Hizo partir primero á la reina y á su tierno hijo, acompañados de Lauzun, favorito de la fortuna, como sus suplicantes eran su juguete. Jacobo se embarcó en el Támesis, donde arrojó el sello del Estado, ó por mejor decir, su corona, que las aguas no volvieron á traerle. Detenido casualmente en Feversham, volvió á Londres, donde el pueblo le saludó con las más vivas aclamaciones: esta inconstancia popular estuvo á punto de dar en tierra con la obra de la paciente y culpable ambición del príncipe de Orange. Ese duque de York, tan denodado en su juventud, bajo las banderas de Turenne y de Condé, y tan valiente y hábil almirante en las flotas de su hermano Carlos II, no sabía revestirse como rey de su antiguo valor; y no obstante, hubiérale bastado permanecer y mirar de frente á su yerno é hija. Guillermo le hizo mandar que se retirase al castillo de Ham: y él, en lugar de indignarse contra tan ultrajante mandato, solicitó bajamente el permiso de trasladarse á Rochester. El príncipe de Orange adivinó sin dificultad que su suegro abrigaba la intención de fugarse del reino, puesto que se acercaba al mar: el usurpador, que no anhelaba otra cosa, se apresuró á concederle el permiso. Jacobo ganó furtivamente la playa, y se embarcó en un baje que le esperaba, y de cuya dirección nadie quería encargarse.

El austero católico que así sacrificaba un reino á su fe, no tenía otro séquito que su hijo natural, el duque de Berwick, tenido de Arabela Churchill, hermana del duque de Marlborough, quien, aunque debía su fortuna á Jacobo, le abandonó porque le veía desgraciado, para entregarse á un protervo protegido por la fortuna. Berwick y Marlborough, bastardo aquel, traidor este, debían ser, andando el tiempo, dos famosos capitanes: Marlborough conmovió el imperio de Luis XIV, y Berwick aseguró la España al nieto de este gran rey, sin que le fuese posible reconquistar la Inglaterra á su padre Jacobo II. Berwick tuvo la doble gloria de morir de un balazo de cañón en Philipsbourg por la Francia el 12 de junio de 1734, y de haber merecido los elogios de Montesquieu.

Jacobo llegó á los campos de su eterno destierro el 2 de enero de 1689, mes funesto, desembarcando en Ambleteuse, en la Picardía. Cuatro años habían bastado al último hijo de Carlos I para perder un reino.

Una asamblea nacional convocada en Westminster, bajo el nombre de *Convención*, declaró el 23 de febrero de 1689 que Jacobo, segundo de este nombre, había abdicado, en el mero hecho de abandonar la Inglaterra; que su hijo, el príncipe de Gales, era un hijo supuesto (impudente mentira); y que María, hija de Jacobo y princesa de Orange, era de derecho heredera de un trono abandonado: así pues, la usurpación se estableció sobre una ficción de legitimidad.

El príncipe de Orange y su esposa María aceptaron la sucesión régia, no vacante, bajo condiciones que llegaron á ser la constitución escrita de la Gran-Bretaña: tal fue el último acto y el desenlace de la revolución de 1640; así, después de algunos siglos de discordias, se trazaron los límites que separan hoy en Inglaterra el justo poder de la corona de las libertades legales del pueblo.

Por lo demás, ni Jacobo ni los ingleses mostraron la menor dignidad en aquel memorable acontecimiento, pues dejaron hacer todo lo que le plugo á Guillermo con un escaso ejército de trece mil hombres, entre los que se contaban mil doscientos ó mil cuatrocientos soldados y oficiales franceses protestantes, que espulsados de Francia por la revocación del edicto de Nantes, fueron á Inglaterra á destruir un príncipe católico, aliado de Luis XIV: así se encadenan los sucesos humanos. Una guardia holandesa se encargó de Londres, y relevó las guardias de Whitehall. Los historiadores de la Gran-Bretaña, que apellidan á la re-

volución de 1688 la *gloriosa revolución*, debieran limitarse á llamarla la *revolución útil*, pues los hechos dejan sus beneficiosos resultados, pero niegan la gloria de ellos á Inglaterra. El más ligero grado de firmeza en el rey Jacobo hubiera bastado para detener al príncipe Guillermo, pues en los primeros momentos casi nadie se declaró en su favor. Por lo demás, aquella revolución, que hubiera podido ser aplazada, no era menos inevitable, porque estaba consumada ya en el espíritu de la nación. Si Jacobo pareció hallarse poseído de un vértigo en el momento decisivo; si durante su reinado solo se le vió ocupado en procurarse un punto seguro en Inglaterra, ó un medio de huida á Francia; si se dejó vencer en todas partes; si no se aprovechó de los consejos ni de los ofrecimientos de Luis XIV, esto consiste en que tenía la conciencia de que sus destinos estaban cumplidos. La libertad, desconocida en tiempo de Jacobo I, ensangrentada en el de Carlos I, deshonrada en tiempo de Carlos II y atacada en el reinado de Jacobo II, había sido, sin embargo, conservada en las formas constitucionales, las cuales la trasmitieron á la nación, cuyo suelo continuó fecundando después de la expulsión de los Estuardos.

Estos principios no pudieron perdonar jamás al pueblo inglés los males que les había hecho sufrir; y el pueblo inglés nunca pudo olvidar que ellos habían intentado usurparle sus derechos: había pues por una y otra parte muchos resentimientos justos y demasiadas ofensas. Destruída toda confianza recíproca, unos y otros se miraron en silencio durante algunos años, porque las generaciones que habían sufrido juntas, igualmente cansadas, consintieron en concluir juntas sus días; pero las nuevas generaciones, que no experimentaban este cansancio, y que, no alimentando ya enemistades, no necesitaban aceptar los compromisos del infortunio, reivindicaron los frutos de la sangre y las lágrimas de sus padres, siendo por lo tanto preciso dar un eterno adiós á las cosas pasadas. Al verificarse la revolución de 1688, solo quedaban en los dos partidos algunos testigos de la catástrofe de 1649: el mismo Jacobo, que iba á morir en el desierto, y el viejo regicida Ludlow, que volvió de él para gozar del placer de ver expulsar á un monarca cuyo padre había condenado. Ludlow por otra parte era tan extranjero en Londres con sus principios republicanos, como Jacobo II con sus máximas absolutistas.

Otro personaje asistió también al advenimiento de Guillermo. Un hombre llamado *Clark*, del condado de Exford, que había tenido un litigio con sus hijas, había ido á pleitear á Londres después de la muerte de su hijo único, y le asaltó la idea de asistir á una sesión de la cámara alta. Habiéndole preguntado uno de los circunstantes si había visto en su vida cosa semejante, Clark le respondió: «No, desde que he dejado de sentarme en aquel sillón.» Y diciendo estas palabras, señalaba el trono: era Ricardo Cromwell.

¿Habían podido los Estuardos reinar después de la restauración? Muy fácilmente, si hubieran hecho lo que Guillermo hizo en Inglaterra, y lo que Luis XVIII en Francia, dando una Carta y aceptando de la revolución lo que tenía de invencible y de bueno; lo que estaba realizado en los espíritus y en el siglo; lo que había sido consumado en las costumbres, lo que no podía intentarse destruir, sin chocar violentamente con la corriente de las edades, sin imprimir á las sociedades un movimiento retrógrado, sin conmover de nuevo la nación. Las revoluciones que se verifican en los pueblos en el sentido natural, es decir, en el sentido de la marcha progresiva del tiempo, pueden ser terribles, pero son duraderas, al paso que las que se intentan en sentido contrario, esto es, pugnando con el natural desarrollo de las cosas, no son menos sangrientas; pero, azote de un momento, nada fundan ni crean, y todo su alcance se reduce al poder de exterminar.

Volvamos al rey Jacobo: ¿cuál fue su paradero? «Al día siguiente, día de su llegada, el rey fue á esperarle á Saint-Germain, en la alcoba de la reina. Su magestad se mantuvo allí una media hora ó tres cuartos de hora antes que aquel llegase; cuando se hallaba en el soto, se dió aviso á su magestad, y lo mismo se verificó al llegar Jacobo á palacio. Entonces su magestad dejó á la reina de Inglaterra, y salió á su encuentro á la puerta de la sala de guardias. Los dos reyes se abrazaron muy tiernamente, con la diferencia de que el de Inglaterra, conservando la humildad de actitud de una persona desgraciada, se inclinó casi hasta las rodillas del rey. Después de este primer abrazo en medio de la sala de guardias, diéronse nuevas pruebas de amistad; y luego, teniendo estrechadas sus manos, el rey lo presentó á la reina, que estaba en cama. El rey de Inglaterra no abrazó á su esposa, probablemente por respeto.»

Después de un cuarto de hora de conversacion, el rey llevó al de Inglaterra al aposento del príncipe de Gales. El aspecto de Jacobo no había inspirado respeto á los cortesanos, y sus palabras produjeron aun menos efecto que su aspecto. Refirió al rey en la cámara del príncipe de Gales los principales sucesos en que se había visto envuelto; pero los refirió con tal desaliño que los cortesanos no quisieron acordarse de que era inglés, y que por consiguiente hablaba muy mal el francés; además, tarlameaba un poco, estaba cansado, y no es cosa extraña que una desgracia tan grande como la que le abrumaba, disminuyese una elocuencia mayor que la suya.»

Luis XIV dió una flota al rey Jacobo y lo envió á Irlanda; mas habiendo perdido la batalla de la Boyne en junio de 1690, volvió á San German. Un partido bastante numeroso quiso reinstalarle en el trono, pero el monarca negociaba y lo embrollaba todo con sus absurdas pretensiones. Bossuet se mostraba menos exigente que él, pues sostenía que un rey católico podía tolerar la preeminencia de la religión protestante en sus Estados; no obstante, Bossuet deja traslucir al establecer este principio, un pensamiento ulterior poco digno en verdad de su genio y su virtud.

Jacobo vió desde el cabo de la Hogue la destrucción de la segunda flota que debía trasladarle de nuevo á los tres reinos. A consecuencia de este segundo descalabro escribió á Luis XIV: «Mi contraria estrella ha hecho sentir su influencia sobre las armas de V. M., siempre victoriosas, hasta que han combatido por mí; vos suplico, pues, no os tomeis más interés por un príncipe tan desgraciado.»

Conoció Luis XIV el valor de estas palabras, y duplicando su interés por su augusto cliente, volvió á armarse en 1696 en apoyo del partido jacobita. Jacobo se negó á todo complot de asesinato contra Guillermo, y tampoco quiso subir al trono de Polonia, que su régio huésped se encargaba hacerle obtener. En la época del tratado de Ryswick, Luis XIV, que iba á verse obligado á reconocer á Guillermo por rey de Inglaterra, propuso á este que reconociese á su vez al tierno hijo de Jacobo por su propio heredero. El príncipe de Orange, que no tenía hijos, accedía á ello, pero Jacobo rechazó tal proposición, diciendo: «Me resigno á la usurpación del príncipe de Orange, pero mi hijo no puede heredar la corona sino de mí, porque la usurpación no puede darle ningún título legítimo.» Hay en esta conducta cierta grandeza y una especie de política negativa, magnánima. Jacobo destronado, y colocado ya en la condición de un simple cristiano, dejaba de ser un hombre vulgar, y era digno de que se viese en él algo más que sus devociones con los jesuitas.

Jacobo tuvo el consuelo y el dolor de ver algunas veces en su retiro á los súbditos fieles á su adversa fortuna. «Formáronse en una compañía de soldados al servicio de Francia, dice Dalrymple, y fueron

«previstados por el rey (Jacobo), en San German en Lave. El rey les saludó con una inclinación y con la cabeza descubierta; volvió, tornó a inclinarse y se anegó en lágrimas. Ellos se pusieron de hinojos y bajaron sus cabezas hasta el suelo; luego se levantaron todos a la vez, y le hicieron el saludo militar... Eran siempre los primeros en una batalla, y los últimos en la retirada. Muchas veces carecieron de los artículos de primera necesidad, y sin embargo, nunca se les oyó quejarse, á no ser de los padecimientos del que miraban como á su soberano.»

Hay un hecho muy poco conocido: María Estuardo había deseado que la compañía escocesa al servicio de Francia fuese mandada por uno de los hijos de los reyes de Escocia: en efecto, parece que Carlos I y Jacobo II fueron á su vez capitanes de esta compañía. Los jacobistas, que empuñaron muchas veces las armas por Jacobo y por el pretendiente su hijo, sellaron con un carácter tierno aquella vieja y espirante sociedad. Guillermo había expulsado de Inglaterra á Jacobo al estribillo de una canción revolucionaria: créese generalmente que el famoso *God save the king*, cuyo aire es de origen francés, es un himno religioso que los jacobistas entonaban al marchar al combate. La lealtad, la legitimidad y la religión católica de la antigua Inglaterra, legaron una canción á la libertad, á la usurpación y á la comunión protestante de la Inglaterra moderna.

El gobierno inglés no halló un medio mas seguro para castigar á los montañeses escoceses, que mas tarde se sublevaron en favor del hijo de su antiguo rey, que obligarles á abandonar los trajes y las costumbres de sus padres, pues se juzgó que se les arrebatarían sus primitivas virtudes, despojándoles de sus antiguas usanzas.

Jacobo pasó el resto de su destierro en escribir las memorias de su vida: y como la piedad hacia en él las veces del poder, retirado á su conciencia, imperio de que no podía ser desheredado, sus recuerdos le hacían vivir en lo pasado, y su religión en el porvenir. Había escrito de propio puño estas palabras: «Yo os doy gracias, ¡Dios mío! por haberme quitado tres reinos si vuestro designio ha sido hacerme mejor.»

El 16 de setiembre de 1701 murió en paz en San German.

El príncipe de Gales su hijo, que durante algun tiempo llevó el nombre de Jacobo III, y que dejó este mundo el 2 de enero de 1766 (siempre el mes de enero), tuvo dos hijos, Carlos Eduardo el pretendiente, y Enrique Benito, cardenal de York. El príncipe Eduardo tenía cualidades de héroe, pero no vivía en el siglo de los Ricardos *Corazon de Leon*, siglo romancesco en que un solo caballero conquistaba un reino. El pretendiente abordó á las costas de Escocia en agosto de 1745; un giron de tafetan que había traído de Francia, le sirvió de bandera; y reuniendo bajo de ella á diez mil montañeses, se apoderó de Edimburgo, dejó tendidos á cuatro mil ingleses en Preston, y avanzó hasta catorce leguas de Londres. Si hubiera tomado la resolución de marchar sobre

esta capital, no es posible calcular los resultados.

Obligado á ejecutar un movimiento retrógrado á la vista del duque de Cumberland, el pretendiente ganó sin embargo, la batalla de Falkirk, pero sufrió una completa derrota en Culloden. Errante por los bosques, cubierto de harapos, extenuado de fatiga y presa del hambre, el rey de derecho de tres reinos vió renovadas en su persona las aventuras de su tío Carlos II; pero no hubo restauración para él, y no legó sino cadalsos á sus amigos.

Habiendo vuelto á Francia, fue desterrado de ella por el tratado de Aix-la-Chapelle en 1748. Preso en el teatro y conducido á Vincennes casi encadenado, retiróse primero á Bouillon y luego á Roma: Luis XIV no reinaba ya. El papa Gregorio el Grande enviaba en calidad de misioneros á la isla de los Bretones los jóvenes esclavos bretones bautizados: doce siglos después, la Gran-Bretaña enviaba á su vez á los sumos pontífices, reyes bretones confesores de la fe.

El ilustre proscripito se unió á una princesa cuya generosa fama ha continuado Alfieri. Eduardo experimentó la triste suerte reservada á los poderosos en la adversidad: el abandono. Tenia en su favor su buen derecho, pero el infortunio prescribe contra la legitimidad. Los nietos de Luis XV debían vagar por Europa como el pretendiente inglés, y leer esta orden en los postes clavados en los caminos de Alemania: «Se prohíbe á todos los mendigos, vagabundos y emigrados, detenerse aquí mas de veinte y cuatro horas.»

Eduardo no perdonó jamás al gobierno francés su cobardía. Al fin de su vida se abandonó á la pasión del vino, pasión innoble ciertamente, pero á beneficio de la cual devolvía á lo menos á los hombres olvido por olvido. Murió en Florencia el 31 de enero de 1788 (siempre el mes de enero!), poco mas de un año antes del principio de la revolución francesa. Su hermano, el cardenal de York, último vástago de los Estuardos, falleció en la capital del mundo cristiano. Los dos hermanos tienen un mausoleo comun: Roma les debía en rigor un puesto en el polvo de sus desvanecidas grandezas.

Cuando la casa de María de Escocia se hubo extinguido, el féretro del desterrado de 1688 ha sido hallado en Francia casi en el momento en que lo era en Inglaterra el ataúd de la víctima de 1649. Si alguno hubiese dicho á Luis XIV: «En menos de un siglo habrán desaparecido tus restos mortales, y los del príncipe tu régio huésped, será lo único que de tí quedará en el palacio donde le diste acogida...» ¿qué hubiera pensado Luis el Grande?

Por la voluntad de Dios, las cenizas de un monarca extranjero reclaman hoy en vano en medio de nosotros las cenizas de los reyes de la patria. La secular abadía de Dagoberto ha guardado mal sus tesoros; Jacobo II, al despertar en San German, solo ha visto en San Dionisio á Luis XVI. La tumba del hijo de Carlos I descuello sobre las ruinas de la Francia: triste testigo de dos terribles revoluciones, extraordinaria prueba de la contagiosa fatalidad que abrumó la raza de los Estuardos!

FIN.

